HISTORIA DE LA REVOLUCION RUSA

UN GRAN LIBRO DEL SIGLO XX

Alberto Flores Galindo

Recientemente se ha publicado por primera vez en nuestro país, *Historia de la revolución rusa* (Editorial Aloer), el espléndido libro de León Trotsky, una de las obras más grandes del siglo XX, según juicio de Jorge Basadre.

Desde su triple condición de testigo, protagonista e intérprete, León Trotski, en la *Historia de la revolución rusa* (1) interpretó no sólo el acontecimiento con el que se inicia nuestro siglo XX sino que además produjo —espontáneamente y sin premeditación— un verdadero clásico de la historiografía marxista. El libro fue escrito en el destierro, con el propósito de justificar la revolución de Octubre, mostrando que no fue el producto de la imposición de algunos individuos sobre una sociedad amorfa y pasiva como argumentaban los historiadores conservadores, y, paralelamente, relevar, dentro del mismo tono polémico, el papel desempeñado por Lenin en 1917. Dos tesis en apariencia contradictorias que llevaban a abordar, una vez más, ese problema perenne de la historia: la relación entre un hombre y su tiempo, entre el individuo y los acontecimientos en este caso, entre un personaje y una revolución.

La obra comienza por dibujarnos el escenario: el pasado de Rusia que termina resumido en la fórmula genial del "desarrollo desigual", la combinación entre lo más atrasado y los avances más recientes de la humanidad, dejando abierta la posibilidad de los saltos y los cambios bruscos en la evolución de ese inmenso país. Sobre el escenario se dibujan a los protagonistas fundamentales: aparecen entonces las clases y los individuos; de un lado, la aristocracia, el Estado absolutista, el zar y la zarina, del otro, los campesinos, los obreros, Lenin, los bolcheviques. Aquí Trotski parece rebelarse contra la tradición dogmática y mecanicista de los fundadores del marxismo ruso, para sorprender a sus lectores con la tesis que será el *leit motiv* de la obra: la revolución no obedeció a un cambio sustancial en la estructura de la sociedad rusa; erraríamos buscando su explicación en las grandes tendencias económicas, en las variaciones gestadas en el largo plazo; la revolución es la obra de las masas que abandonan el silencio e imponen sus intereses, es consecuencia de la acción libre y creadora de las multitudes y por eso su explicación debemos buscarla en el interior de las clases populares, en los cambios producidos en sus percepciones, en su cultura, pero sobre todo, en su psicología colectiva.

Hasta entonces el autor venía haciendo un difícil esfuerzo de síntesis. Reducir a palabras y fórmulas una evolución histórica prolongada. Pero en adelante la obra parece desbordarse en un análisis detenido del comportamiento de esos personajes anónimos que invaden las calles de San Petersburgo. No omitir los detalles. Integrar la anécdota en el análisis. Seguir, por ejemplo, cómo varían día a día la relación entre cosacos, soldados y obreros, incorporar las palabras, los gestos y sobre todo los actos de las multitudes.

La culminación de la obra es en realidad el retrato de Lenin visto como el gran director de orquesta, el hombre que era capaz de ver más allá del horizonte de los otros dirigentes, de pensar inclusive contra la mayoría de su partido, de guiarse por la intuición de las multitudes: "gris es la teoría, verde es el árbol de la vida", termina admitiendo, recogiendo una cita de Goethe, en las *Tesis de Abril*, cuando la eclosión revolucionaria parece echar por la borda el dogmatismo del *Qué Hacer*, concediendo ante la intuición y el espontaneísmo. Un gran viraje. Pero si se realiza y el personaje sigue siendo el mismo, no es sólo porque Lenin siga a las multitudes, sino por esa capacidad de anticipación al acontecimiento que nace en una biografía que es "el producto de todo el pasado de la historia rusa".

Pero la culminación es también el "talón de Aquiles" de la *Historia de la revolución rusa*. Fue el mejor discípulo de Trotski-historiador, es decir, Isaac Deutscher, quien como su biógrafo se encargó de criticar y replicar una interpretación que en definitiva se incorporó dentro del culto a la personalidad de Lenin, que sobrevaloró una biografía en desmedro de un acontecimiento tan decisivo como la revolución de Octubre. En definitiva, la argumentación de Trotski podría resumirse diciendo que un eventual ladrillo que desde un techo suizo hubiera caído en la cabeza de Lenin, habría postergado indefinidamente (uno, diez o más años) la revolución que cambiando a un país, cambió también la historia mundial. Por huir del dogmatismo —criticando de manera implícita a Plejanov— Trotski derivó en las procelosas aguas del azar y los acontecimientos (2)

Hoy en día, frente a la revolución soviética, nuestras preguntas difieren de las de Trotski. Nos interesaría saber, entre muchas otras cuestiones, cómo apareció la burocracia y se anuló la acción independiente de los soviets. Estas preguntas guían, por ejemplo, el libro de Marc Ferró *La révolution de 1917* (3), subtitulado en justicia "naissance d'une société". Después de la experiencia del stalinismo, un lector de 1982 se interesa por indagar cuánto de la antigua Rusia servil y autoritaria persistió después de 1917; en otras palabras, qué radicalmente la revolución cambió a la sociedad, hasta dónde un acontecimiento pudo remover el pasado lastre del inmovilismo ruso. Otro viejo problema histórico: el cambio y la permanencia.

Pero aunque el tiempo ha transcurrido, seguimos leyendo la *Historia de la revolución rusa*. Podemos abrir al azar cualquiera de sus capítulos y reencontrar el mismo entusiasmo de una primera lectura. ¿Por qué? Recientemente Daniel Roche en un libro titulado *Le peuple de Paris* distingue entre dos tipos de historiadores: "aquellos que están provistos de imaginación y de sensibilidad alimentados de una experiencia personal, historiadores del individuo y, aquellos que no rechazan las cifras y los intereses de la sociología, los historiadores de la economía social preocupados por la abstracción y poco capaces de comprender". Trotski pertenece, con todos los honores posibles, al primer grupo. Hombre de una vasta cultura, adiestrado en el uso de su lengua, lector incansable tanto de Tolstoi como de Celine pero que sabe de la historia además por su propia vida, en las cárceles zaristas, el destierro y también en el esplendor del tribuno de 1917 y finalmente como el organizador del ejército rojo. Lecturas y vida, lo ubicaron en las mejores condiciones para ejecutar la máxima de Spinoza: comprender, entender y mostrar a los lectores por qué los acontecimientos sucedieron de determinada manera, reconstruyendo el curso natural de los hechos.

Trotski no se preocupa por introducir las últimas técnicas de investigación. No escribe para especialistas, ni para el momento. Por eso podemos seguir leyéndolo. Es, como decíamos al inicio, un clásico.

(1) León Trotski, *Historia de la revolución rusa*, Lima, editorial Aloer, 1981. Tomo I y tomo II.
(2) Isaac Deutscher, *Trotski el profeta desterrado*, México, Era, 1971, Cap. III, "El revolucionario como historiador"
(3) Marc Ferró, *La révolution de 1917*, París, Aubier Montaigne, 1976.